

# **¿A qué juegan los que juegan ? 30 años de desplazamientos en las representaciones de ser futbolista en Argentina.**

Federico Czesli y Diego Murzi.

Cita:

Federico Czesli y Diego Murzi (2017). *¿A qué juegan los que juegan ? 30 años de desplazamientos en las representaciones de ser futbolista en Argentina. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/96>

Título de la ponencia: Humildad y sacrificio, dos representaciones en circulación entre futbolistas de inferiores.

Nombre y Apellido Autor/es: Federico Czesli, Diego Murzi

Eje Temático (Por ejemplo: Eje Sociología del Trabajo): 1.Cultura, significación, comunicación

Nombre de mesa: 37. Estudios Sociales del Deporte

Institución de pertenencia:

Diego Murzi: CONICET / Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad de San Martín (UNSAM)

Federico Czesli: Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad de San Martín (UNSAM)

E-mail: [diegomurzi@gmail.com](mailto:diegomurzi@gmail.com); [federicoczesli@gmail.com](mailto:federicoczesli@gmail.com)

Resumen o Abstract (máximo 200 palabras):

A partir de una etnografía realizada en tres clubes de fútbol profesional entre 2015 y 2016, se propone observar las transformaciones que se produjeron en las últimas tres décadas en las representaciones de los jóvenes futbolistas sobre la práctica que realizan y las aspiraciones de devenir profesionales. Nos proponemos exponer que las dos imágenes centrales de la narrativa futbolística argentina propuestas por Eduardo Archetti en 1998 han perdido centralidad en los relatos de los jóvenes jugadores actuales. El “potrero”, que en Archetti aparece como el territorio central de formación, ha sido reemplazado por espacios estructurados como los “clubes de barrio” o “escuelitas”. Y la figura del “pibe” –que en la lectura de Archetti estaba encarnada esencialmente por Maradona y se asociaba a valores como la irreverencia, la creatividad y la locura- ha dado paso al jugador “sacrificado” y “trabajador” identificado con el profesional disciplinado.

Palabras clave (máximo 5): fútbol; profesionalización; pibe; potrero; archetti;

Entre 2015 y 2016 tuvimos la posibilidad de realizar tres etnografías sobre formación de futbolistas en tres centros de formación de jugadores de fútbol profesional en otros tantos países: Estudiantes de la Plata en Argentina, Olympique de Marsella en Francia y Club Universidad Nacional A.C (popularmente conocido como “Pumas”) en México. Dichos estudios fueron motorizados por la obtención de la beca Joao Havelange que otorga la FIFA en comunión con el Centro Internacional de Estudios del Deporte (CIES), perteneciente a la Universidad de Neuchatel, Suiza (Murzi y Czesli 2016), y de la realización de nuestros posgrados en la Universidad de Buenos Aires, con beca Conicet, y en la Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa, financiada por Conacyt.

El trabajo para FIFA-CIES consistió en un análisis comparativo entre las estructuras formativas de jugadores en Argentina y Francia, mientras que en el posgrado de Czesli se puso el foco en el caso mexicano y en los modos en que se constituye el deseo de los jugadores de devenir futbolista. En términos metodológicos, en los tres casos se trabajó con las categorías equivalentes a los jugadores nacidos en 1999 (la Séptima en Argentina, U17 en Francia, y Sub17 y Sub13 en México), llevamos a cabo observación participante en los entrenamientos durante la campaña 2015/2016 y realizamos entrevistas en profundidad con la mitad del plantel de jugadores de cada categoría en cada país, más algunas con el cuerpo técnico y dirigencial.

El disparador de esta ponencia es un artículo que Eduardo Archetti publicó originalmente en 1998 en el que analiza dos espacios constitutivos de la narrativa futbolera, el “potrero” y el “baldío”, y la figura de “el pibe” como imágenes dominantes de la nacionalidad en Argentina (Archetti 2008). A partir de allí, nos propusimos observar las transformaciones que aparecen expresadas en los testimonios de los futbolistas de inferiores de Estudiantes de la Plata para aproximarnos no sólo a las representaciones que sostienen sus carreras sino también a las reglas de juego que les proponen las distintas instancias que implica la carrera futbolística.

Observemos brevemente la propuesta de Archetti. El antropólogo argentino consideró que el “potrero” era un espacio liminal que sostenía la construcción identitaria del fútbol argentino. Los “potreros” son, en su reconstrucción histórica, aquellos territorios rurales surgidos durante la Conquista del Desierto<sup>1</sup> que no estaban dedicados ni a la agricultura ni a la ganadería, de modo que era una zona donde el ganado podía pastar sin una demarcación clara bajo la mirada del gaucho –devenido trabajador rural. “En el imaginario de la civilización y domesticación de las pampas, los *potreros* quedaron como territorio libre (...) La pampa salvaje vive metafóricamente en los *potreros*”, afirmó Archetti (2008: 261)

El potrero encarnaba así un territorio clave a principios de siglo XX, y en la mirada de Archetti fue central en la construcción de la nación argentina y del fútbol local. El “pibe”, la “figura mítica del fútbol argentino” (ídem: 263), estaba investida de los mismos atributos del potrero: poderes místicos, locura, igualdad, inversión de la autoridad, creatividad y solidaridad.

A partir de dichos atributos indicó Archetti que el periodismo construyó la identidad del fútbol argentino, una que encontraba su otredad en el practicado por ingleses, quienes apostaban al entrenamiento disciplinado y al juego colectivo. El fútbol argentino apostaba al *dribbling*, el esfuerzo personal generoso y a la acción personal frente a la “máquina” británica. Los periodistas agregaban que esta creatividad era efecto de que los jugadores argentinos se habían iniciado en los potreros o en los baldíos, a diferencia de los británicos, quienes se habían formado en escuelas. El fútbol del “pibe” era construido como fresco, espontáneo y libre, efecto de esos espacios vacíos de la ciudad (podríamos agregar plazas, calles, empedrados y otros intersticios del trazado urbano), terrenos donde para conducir el balón había que esquivar piedras, pozos, rivales y compañeros.

¿Qué queda de toda esa construcción entre los jugadores contemporáneos de Estudiantes de la Plata? Si observamos qué ponderaron de su formación los futbolistas de la categoría 1999, lo primero

---

<sup>1</sup> La campaña militar hacia territorios indígenas iniciada desde la segunda mitad del siglo XIX

que aparece es que el “potrero” está completamente ausente de sus relatos, o en todo caso que aparece previo a los seis años. Desde esa edad todos parecen haberse enrolado en clubes barriales o del interior del país y en “escuelitas” de baby futbol, es decir, espacios donde –a diferencia del potrero- el aprendizaje tiende a ser sistemático y competitivo antes que recreativo.

El discurso del fútbol de potrero que desarrollaba la creatividad y el desenfado y que construía al jugador como “libre” parece haber quedado de lado en pos de una práctica que desde los albores se realiza de manera sistemática. Desde edades que oscilan entre los 4 y 6 años los chicos pelean por un puesto, compiten en posiciones especializadas, dialogan con presiones de los entrenadores, de sus padres y en algunos casos con lo que se espera de ellos. Y esto se produce por igual en las distintas geografías del país, ya que el 70 por ciento de los futbolistas de la Séptima de Estudiantes son del interior del país. En consecuencia, una de las hipótesis sobre las que estamos encabalgando nuestros estudios es que actualmente, desprovistos de la construcción mágica que se asociaba al potrero, el futbolista es netamente trabajador.

Si indagamos en la “escuelita” como territorio, a priori puede resultar un espacio ambiguo, ya que no sólo se trata del lugar donde los chicos aprenden la técnica básica del fútbol, sino también donde conocen e interiorizan las implicancias de ser futbolista en el mundo contemporáneo. No se trata únicamente de la competitividad: allí se comienza a aspirar a ser futbolista profesional, se entrena de manera sistemática (existen chicos que ya a los 9 años jugaban en cancha de once), se transmiten valores sobre lo que es ser futbolista e imágenes del éxito deportivo y del honor que implica ser “promesa” y pertenecer al club; y se forma parte de una comunidad de chicos, padres y entrenadores que van creciendo conjuntamente y atraviesan rituales de institución que van desde la foto del equipo en cada partido hasta los asados y premiaciones de fin de año. Allí se construyen, en resumen, las reglas de juego del campo futbolístico.

En esta línea, uno de los elementos recurrentes en los relatos consiste en haber pasado por distintos clubes antes de llegar a Estudiantes de la Plata. Es decir que para llegar a un equipo que ofrece reales posibilidades de jugar en Primera (tal es el “sueño” por el cual juegan, aquello que está “en juego”, *l'enjeux* si nos guiamos por la teoría de los campos de Bourdieu [1990: 135]) pasaron por diversos clubes, se contactaron con representantes que los llevaron a prueba y en algunos casos pagaron para contar con la libertad de su propio pase. Lejos de ser un recorrido lineal sostenido sobre el talento, los futbolistas exponen trayectorias zigzagueantes y apoyadas en tácticas y escamoteos.

Si bien aquí no nos extenderemos, solemos mencionar el caso del Entrevistado E9<sup>2</sup> porque expone de manera condesada elementos que aparecen en los otros testimonios. Se trata de un futbolista de una ciudad ubicada a 1000 kilómetros de Buenos Aires y que en 2012 arribó a Estudiantes con 13 años. Su historia expone que en su trayectoria pasó por seis equipos, tuvo un entrenador que a los cinco años lo maltrató al punto de quitarle las ganas de continuar jugando, y cuando quiso abandonar su padre lo convenció de retomar la práctica y justificó las presiones del entrenador con la afirmación “lo hace por tu bien”.

Esto es central porque uno de los elementos que apareció con claridad es que los futbolistas interiorizan las presiones de los adultos, a partir de la idea de que son éstos quienes saben lo que es bueno para ellos. Esta interiorización está ligada a la importancia de “ser humilde”, un concepto central en la formación actual de los jugadores y que, si bien es polisémico, remite al modo en que se avanza en la carrera: el jugador no debe ser “agrandado” sino trabajador, no debe hablar del propio buen juego sino demostrarlo con hechos, no debe confiar en el talento como capacidad de crecimiento sino en el esfuerzo permanente y silencioso y debe estar ubicado en una posición de aprendiz, lo que implica que no se oponga a lo que aconsejan los entrenadores o sus padres.

---

<sup>2</sup> La nomenclatura utilizada para proteger la identidad de los jóvenes consistió en numerar a los entrevistados de 1 a 10 y de agregar la letra “E” para los jugadores de Estudiantes. Para los jugadores de Pumas de México la letra utilizada fue “P” y en el caso de los franceses, “OM” por Olympique de Marsella.

Como valor, la “humildad” moldea, guía y prescribe un futbolista dedicado enteramente al trabajo y distanciado de la imagen que proyectan aquellos profesionales cuyas apariciones –si bien también se sostienen sobre el esfuerzo físico y el sacrificio- aparecen ligadas al bienestar económico, a parejas que son modelos publicitarias, a automóviles último modelo, a ropa de primeras marcas y cortes de pelo a la moda<sup>3</sup>. A partir de ahí nuestra hipótesis es que el futbolista se ubica y son interpelados como *trabajadores* (el término es nuestro), y que desde allí se presentan como aquellos que sólo cuentan con su esfuerzo cotidiano para alcanzar los objetivos que se propone o superar los obstáculos del camino. A tal punto es así, que los Entrevistados E1, E2, E3, E6 y E7 sostuvieron que para llegar a Primera lo principal es la “humildad”.

Otro elemento que forma parte de las reglas de juego y que condiciona la posición que ocupan los jugadores es la estructura de observación de los clubes de barrio o escuelitas. Aún si cuentan con categorías lúdicas y otras competitivas, están orientados a observar y seleccionar a los jugadores con mejores condiciones. Esto repercute sobre los jugadores de manera tal que juegan en función de satisfacer la mirada de los entrenadores: por eso los chicos dicen esforzarse por “mostrarse” y “demostrar” su buen juego a quienes pueden abrir una nueva puerta de crecimiento a otro club.

El mismo jugador mencionado previamente, el Entrevistado E9, relató que desde pequeño hubo en su trayectoria sobornos a ligas de fútbol para que le permitieran jugar, dinero para contar con su propio “pase” y poder decidir dónde continuar su carrera, y también entrenadores que no sólo buscaban el beneficio del equipo al que representaban sino que eran una puerta de acceso para los jugadores a otros clubes más grandes o a representantes que les darían similar destino.

No obstante, a esta relación debemos agregar que no todos los entrenadores tienen la misma percepción de un jugador, y que ellos condicionan las posibilidades del chico para crecer en sus carreras (a partir de si lo pone en cancha o no). En consecuencia, entre jugadores y entrenadores se

---

<sup>3</sup> El estudio realizado también expuso que en diversos jugadores existe se contraponen el deseo y la fantasía por acceder a fama, lujos y dinero con el temor “a perder todo” por no saber manejarlo y abandonar el esfuerzo cotidiano.

produce una relación ambivalente, tensa e interesada, que también permite observar los modos en que se produce la agencia del jugador. No lo abordaremos en esta ponencia, pero podemos mencionar que las trayectorias zigzagueantes están ligadas a que los futbolistas deben en gran medida *construir* su carrera (y no sólo exponer su talento), observar permanentemente de qué maneras pueden acercarse al objetivo, a tal punto que puede implicar relacionarse con (o utilizar a) entrenadores o representantes.

Un tercer significativo central en los centros de formación es la idea de “sacrificio”. Se trata de un término también polisémico que aglutina elementos como el dolor por el desarraigo y por no poder estar junto a la familia, el extenuante trabajo físico que implica la práctica, la capacidad de sobreponerse a la adversidad mediante el trabajo disciplinado y fundamentalmente la relación que asumen los jugadores frente a los esfuerzos que realizaron sus familias para que ellos pudieran continuar con su carrera, esfuerzos a los que ellos se sienten con la responsabilidad de retornar con trabajo y disciplina. El antropólogo brasileño Arlei Damo concibe esta relación de la siguiente manera:

“El don futbolístico, que está en el origen de todas las inversiones, una vez perfeccionado y reconocido por el público, entra en circulación, dando lugar a una cadena de intercambios que, a su vez, implica su reconversión incesante en forma de dinero y afecto, intereses individuales y colectivos, lealtad y traición, idolatría y escarnio, en definitiva, en una mezcla heterogénea de eventos y símbolos. Estamos hablando del don/regalo, un don con sentido omnipresente -a diferencia del don/talento, claro y manifiesto- en el terreno de la reciprocidad” (Damo 2007: 194, traducción nuestra).

Por la centralidad del “sacrificio”, la idea de divertirse al jugar, que se opone a la idea de ser un futbolista atleta y que hasta la década del ochenta parecía la clave del estilo futbolístico argentino, ahora está enmarcada en la seriedad: el jugador es antes que nada un profesional, un disciplinado que primero cumple su rol dentro del equipo y luego “juega”, lo que significa intentar romper la estructura ajena mediante movimientos por fuera de la estrategia, un intento individual con gambeta o remate de media o larga distancia, o algún otro recurso inesperado y propio de “la picardía” del futbolista.

Pero no es solamente en la cancha donde las jóvenes promesas deben demostrar su profesionalismo, sino que en Estudiantes de la Plata los jugadores debían ser además “ejemplares” en



su conducta, algo que en dicho club se traducía en cumplir los horarios de entrenamiento, ser respetuosos hacia los compañeros, entrenadores y otras autoridades, no acostarse tarde y obviamente mantenerse alejados de consumos de sustancias -algo que no necesariamente debe darse por sentado. Esto era aún más exigente en aquellos jugadores que viven en la pensión del club (el espacio habitacional que hospeda a algunos jugadores del interior del país o a aquellos que no cuentan con los recursos para sustentarse), porque se considera que por ellos es mayor la inversión que realiza el club. Es decir, los jugadores son objeto de una inversión material y simbólica (el club les da la “oportunidad” de llegar a Primera) a la que deben ofrecer como contraprestación esfuerzo físico, seriedad y disciplina.

La reciprocidad a la que nos referimos mediante la noción de “sacrificio” no se pone en juego sólo con respecto al club. El destinatario principal de sus esfuerzos y su dedicación es su propia familia, entendida como el círculo íntimo y los afectos más cercanos. A partir de una lectura de Alain Caill  (2002), Damo propone pensar el sacrificio y la humildad en los jugadores argentinos como “la contrapartida al acto de dar” (2016: 4) en un doble plano: agradecimiento (a los dioses, al destino) por los dones que les fueron otorgados, y retribución a su entorno familiar o afectivo. El sacrificio pierde valor, según Damo, a medida que la carrera del jugador avanza y le es posible generar las retribuciones con dinero -como señalamos respecto al don/regalo-, pero en las etapas de la carrera donde esta contrapartida aún no est  al alcance del jugador, el sacrificio aparece como el valor central.

Vale mencionar dos cuestiones más ligadas a la humildad y el sacrificio. En primer término, que no impiden que el talento continúe siendo un bien sumamente importante para que los jugadores adquieran y conserven su status de “promesa”<sup>4</sup>.

En segundo lugar, que tanto la humildad como el sacrificio como atributos que los jugadores deben poner en funcionamiento para alcanzar la Primera División permiten construir la idea de que todos tienen las mismas posibilidades de conseguirlo, que no importan ni el capital económico ni el

---

<sup>4</sup> Uno de las formas más claras en que aparece en los relatos es una frase que indica que a los seis años los hacían jugar con chicos más grandes.

social y que incluso el talento no sería la clave del éxito, sino que “llegar” depende que un jugador se esfuerce lo suficiente. Esta concepción es un discurso de poder también promovido por los clubes, permite incrementar la competitividad en planteles donde existe disparidad en la calidad de los jugadores y mantener la esperanza en aquellos jugadores relegados.

La noción de “sacrificio” también aparece en la elección de modelos de futbolista que realizan los jugadores de la Séptima por sus modelos de futbolista, dos optaron por Javier Mascherano y Carlos Tévez (los dos juntos). Cuando indagamos sobre las motivaciones para dicha elección, uno se refirió a la “humildad y el sacrificio” (Entrevistado E1), y el Entrevistado E2 afirmó que “[Mascherano] tiene lo que a mí me gustaría al jugar, que sea aguerrido, esfuerzo, compañerismo, humildad, y eso...”. Sobre Carlos Tévez, también el entrevistado E2 indicó que

“...la peleó desde chiquito. Cristiano Ronaldo no sé muy bien su historia, pero no sufrió lo que sufrió Tévez. Messi tampoco sufrió lo que sufrió Tévez. En la escuela estamos viendo ahora un cuento de un pibe, de Maradona, y vos te ponés a comparar lo de Maradona con Tévez y es casi igual la trayectoria.”

Lionel Messi, estrella contemporánea del seleccionado argentino, sólo fue mencionado en el párrafo anterior por dicho jugador y por el entrevistado E10, quien destacó por su personalidad ya que pese a las críticas que recibe “se queda callado” (aparece la idea de demostrar con hechos y no con palabras que mencionamos al hablar de la humildad), así como el manejo de su vida privada, como producto de que la familia lo aconsejaba, en una clara contraposición con Maradona “[que] por ahí sí era, no era muy criticado como jugaba pero en lo personal, en la vida privada no era lo mismo” (Entrevistado E10; aquí se expresa la contraposición entre el futbolista “trabajador” y el que vive alejado del profesionalismo).

### **Ser promesa, ser liminal**

Para cerrar nos interesa volver a dialogar con Archetti, ahora respecto de su mención a la figura del “pibe” como “liminal”. Brevemente, la noción de liminalidad aparece en autores como Victor

Turner, quien a partir de la idea de “ritos de pasaje” de Arnold Van Gennep propuso tres instancias en la adopción del individuo de una nueva posición en la estructura social. La primera fase es la separación del individuo respecto de su situación primera; durante el período siguiente, el período liminar, el estado del sujeto del rito (o «pasajero») es ambiguo, atravesando por un espacio en el que encuentra muy pocos o ningún atributo, tanto del estado pasado como del venidero; en la tercera fase, el paso se ha consumado ya”. (Turner 1967: 104)

Archetti partió de esta teoría y propuso que el futbolista “pibe” es un ser liminal porque se encuentra “en un estado intermedio, viviendo de algo y yendo a otro, en una suerte de período de transformación” (Archetti 2008: 274). El modelo no se reproduce cabalmente porque para sus informantes la condición de “pibe” es medianamente permanente porque “una vez *pibe*, para siempre *pibe*” (ídem), de modo que se trata de un individuo que nunca llega a ser hombre maduro, y que por tal motivo marca un límite al modelo dominante de masculinidad. Si bien Archetti discute que el ser liminal sea esencialmente transicional, toma la categoría para repensar la liminalidad y observar las distinciones al interior de una sociedad.

Para el antropólogo argentino la figura mítica del “pibe” marca una distinción respecto de los adultos –“cínicos, disciplinados y poderosos”- que nunca podrán llegar serlo. El “pibe” es entonces una figura arquetípica, una “realización mítica (...) de una cierta idea de fútbol basado en la naturalización de ciertas cualidades. Se transforma en el monumento vivo del *pibe*”. Y agrega, en una frase que a posteriori recuperaremos:

“los pibes están obligados a conducirse de determinada manera para reproducir los estereotipos. Maradona, el *pibe* ideal, no es ni totalmente razonable ni responsable de su vida y no se espera que lo sea. Maradona con sus actos se crea de un modo casi tan potente como cuando es creado por los otros. El *rito de institución*, como un acto social, es un acto de comunicación”. (Archetti 1967: p276)

Si en párrafos anteriores decíamos que la figura del “pibe” había perdido relevancia en la construcción actual del futbolista, sucede algo parecido con los ritos de pasaje. Compartimos que los

jugadores se encuentran en una situación liminal, condensada en el concepto “promesa”: aún no son profesionales (y de hecho en Argentina no cobran dinero por jugar<sup>5</sup>), pero por pertenecer a las “inferiores” poseen un status que los separa del resto de los jóvenes de su edad y en la medida que continúen perteneciendo van a poder ostentar dicho status.

Los futbolistas actuales tampoco se encuentran en una situación transicional, ya que las estadísticas exponen que menos del 3 por ciento logrará dejar de ser “promesa” y pasar al otro “estado”, al de futbolista consagrado. De hecho, si bien todos compiten por “llegar a Primera”, tampoco es la firma de un contrato profesional ni pisar el campo de juego con el primer equipo lo que permite a un individuo capitalizar el nuevo estado. Quizás la clave esté en aquello que decía un coordinador de entrenadores en Pumas de México, en una charla en la que observaba una merma de rendimiento en un grupo de jugadores que recientemente había firmado un contrato profesional en Primera:

“...Entonces ahí el chavo empieza a perderse, el chavo empieza a sentirse jugador de Primera División. [Pero] El chavo no es jugador de Primera, jugador de Primera es el que tiene cincuenta, cien partidos en Primera y tiene pinche bolsa ya con lanita [léase: y tiene el bolsillo abultado de dinero]”.

Lo particular del caso entonces es que sólo una porción ínfima de jugadores logra estabilizarse como profesionales en Primera (de la primera o segunda categorías del fútbol local), una aún menor logra ser transferido al exterior (menos aún a una de las ligas centrales) y una incluso más pequeña logra hacer una diferencia económica y social tal que le permitirá conservar su status una vez retirado del fútbol, algo que en general no se produce más allá de los 35 años. El resultado es que la gran mayoría de los futbolistas vuelven al primer “estado” una vez que se retira.

Pese a esto, pertenecer a las inferiores implica una separación respecto de los jóvenes no futbolistas y de las propias familias de los canteranos, implica un incremento de status social y tiende a conllevar una mejora en las condiciones de vida. De hecho, desde nuestro punto de vista se podría

---

<sup>5</sup> En Francia y México sí cobran dinero, y eso incrementa la diferencia respecto de sus pares no futbolistas.

hipotetizar que existe incluso un ritual de pasaje en el que se manifiesta la separación: se trata de los viajes exterior.

Por su poder adquisitivo, por contar con prestigio internacional y por el capital social de sus dirigentes, en las tres instituciones analizadas un selectivo de jugadores de todas las categorías mayores (desde los 15 años) viajan al exterior a competir en torneos internacionales, con los costos a cargo del club. Allí juegan contra clubes que no pertenecen a su liga o incluso contra equipos de las principales ligas europeas, de modo que no sólo representan al club sino también “a su país”.

Si bien los clubes defienden dicha política bajo ideas como que en esos viajes se fortalece la cohesión del grupo, se conoce mejor a los jugadores porque pasan todo el día concentrados en el hotel o en el entrenamiento o que dichos torneos incrementan la competitividad de los jugadores<sup>6</sup>, desde nuestro punto de vista “viajar al exterior” es central en la construcción de representaciones sobre ser futbolista.

En primer término, porque marca una separación respecto de sus familias en aquellos múltiples casos en que provienen de sectores en situación de vulnerabilidad económica y que de otra manera difícilmente tendrían la "oportunidad" de vivir una experiencia similar. Para ellos, salir del país implica una separación respecto de sus familias y pares no futbolistas. En segundo lugar, porque no sólo expone qué abandonan sino también a dónde les ofrece ingresar el campo futbolístico: el ritual contribuye a generar en los jugadores la sensación de que “ya están ahí”, que ya viven experiencias de futbolistas profesionales, que hacen carne el sueño anhelado. El viaje simboliza una pequeña concreción, un anticipo de lo que se podría experimentar en el profesionalismo.

Por ende, el fenómeno observado parece exponer que pertenecer a las inferiores de un club marca una separación respecto de sus pares no futbolistas, que dicha separación tiene como una de sus formas

---

<sup>6</sup> Sin dudas para clubes de países “exportadores” como Argentina, también es un espacio que les permite mostrar sus jugadores ante potenciales compradores, ya que a los torneos internacionales asisten visionadores de los clubes más importantes.

de expresión el viaje al exterior, y al mismo tiempo que el modelo clásico de ritos de pasaje aquí no se cumple, ya que la separación es siempre lábil y sólo en un número mínimo se materializa y les permite a los jugadores ostentar el cambio.

Para concluir, la pregunta que se presenta entonces es la siguiente: si en Archetti el “pibe” representaba el mito del héroe cuya irreverencia era nunca crecer, nunca asumir el mundo adulto “cínico, disciplinado y poderoso” ¿qué mito construye el fútbol contemporáneo a partir de su ritual de paso? Nuestra hipótesis –sostenida por los argumentos que venimos presentando- es que en la época contemporánea el futbolista representa el mito del individuo que a partir de su esfuerzo físico y de su permanente disciplina –de su *trabajo*- supera los obstáculos o adversidades que le presentó la vida, logra separarse de su espacio de origen y cortar con el “destino” que la vida le fijó de antemano. El futbolista nace en el barrio y lucha con humildad y sacrificio para salir de él, consagrarse y “volver al barrio” para “ayudar” a su familia. Y este “ayudar” se materializa, en Argentina, en retornarles los esfuerzos que hicieron por ellos con mejoras materiales como “comprarles una casa” o un auto. Si bien las imágenes de éxito deportivo no quedan excluidas, los testimonios parecen hacer énfasis en que la aspiración es llegar a Primera y de ser posible al exterior para proveerles a sus familias bienestar o tranquilidad económica. Desde nuestro punto de vista, ese futbolista es el héroe contemporáneo.

## **Bibliografía**

Alabarces, P. (2014). *Héroes, machos y patriotas. El fútbol entre la violencia y los medios*. Buenos Aires: Aguilar.

Archetti, E. (2008). “El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”. En: *Horizontes Antropológicos*, Porto Alegre, año 14, n.30, p. 259-282, jul./dez.

Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México D.F.: Grijalbo.

Czesli, F. (2016). *Llegar a Primera. Deseos y prácticas en el camino al fútbol profesional*. Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas. Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa. Ciudad de México: inédito.

Damo, Arlei (2007). *Do dom à profissao. Uma etnografia do futebol de espetáculo a partir da formação de jogadores no Brasil e na França*. Tesis presentada para la obtención del título de doctor junto al programa de Posgraduación en Antropología social de la Universidad Federal de Río Grande do Sul. Porto Alegre: inédito.

Giddens, A. (1995) *La constitución de la Sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Murzi, D. y Czesli, F. (2016). “De aprendices a profesionales. Un análisis comparativo de la formación de futbolistas en Europa y en América Latina”. Investigación realizada gracias a la João Havelange Research Scholarship. CIES-FIFA: inédita.

Turner, V. (1967) *La selva de los símbolos*. Buenos Aires: Siglo XXI.